

con esta indiscreta libertad de decirlo todo á tuertas y á derechas, cuanto á mi fantasía asalta, y el juzgar temerariamente de las cosas. Esta manera de expresarse puede parecer, y con razón, incivil y mal avenida con nuestros usos; pero ultrajosa y maliciosa nadie he visto que la juzgue, ni á quien haya molestado mi libertad si de mis labios la oyó: las palabras que se profieren tienen como otro son y otro sentido. Así que, á nadie odio, y soy tan flojo en el ofender, que ni aun por el servicio de la razón misma soy capaz de tomar este partido; y cuando la ocasión á ello me invitó en las condenas criminales, más bien falté al deber de la justicia: *ut magis peccari nollim, quam satis animi ad vindicanda peccata habeam*¹. Cuéntase que censuraban á Aristóteles por haber sido sobrado misericordioso para con un hombre perverso: «Es verdad, repuso, fui misericordioso para el hombre, pero no hacia la maldad.» Los juicios ordinarios se exasperan en el castigo en pro del horror del crimen: esto mismo enfria el mío; el espanto del primer asesinato me hace temer el segundo, y lo horrible de la crueldad primera es causa de que deteste toda imitación. A mi que no soy más que un simple escudero puede aplicarse lo que se decía de Carilo, rey de Esparta: «No podrá ser bueno, porque no es malo para con los malos»; ó bien de este otro modo, pues Plutarco lo muestra en estos dos términos, como mil otras cosas diversa y contrariamente: «Menester es que sea bueno, puesto que lo es hasta con los malos mismos.» De la propia suerte que en las acciones legítimas me contraría emplearme cuando se trata de aquellos á quienes las advertencias molestan, así también, á decir la verdad, en las ilegítimas tampoco me empleo muy gustoso, aun cuando se trate de gentes que en ello consienten.

CAPÍTULO XIII

DE LA EXPERIENCIA

Ningún deseo más natural que el deseo de conocer. Todos los medios que á él pueden conducirnos los ensayamos, y, cuando la razón nos falta, echamos mano de la experiencia,

Por varios usos artem experientia fecit,
Exemplo monstrante viam²,

que es un medio mucho más débil y más vil; pero la ver-

1. Pues es mayor mi deseo de que no se cometan faltas que mi disposición de ánimo para castigar las que ya se han cometido. Tito Livio, XXIX, 21.

2. Nace el arte de la experiencia, por varios modos, mostrando el camino con el ejemplo. MANILIO, I, 53.

dad es cosa tan grande que no debemos desdeñar ninguna senda que á ella nos conduzca. Tantas formas adopta la razón que no sabemos á cuál atenernos: no muestra menos la experiencia; la consecuencia que pretendemos sacar con la comparación de los acontecimientos es insegura, puesto que son siempre desemejantes. Ninguna cualidad hay tan universal en esta imagen de las cosas como la diversidad y variedad. Y los griegos, los latinos y también nosotros, para emplear el más expreso ejemplo de semejanza nos servimos del de los huevos: sin embargo, hombres hubo, señaladamente uno en Delfos, que reconocía marcas diferenciales entre ellos, de tal suerte que jamás tomaba uno por otro; y como tuviera unas cuantas gallinas sabía discutir de cuál era el huevo de que se tratara. La disimilitud se ingiere por sí misma en nuestras obras; ningún arte puede llegar á la semejanza; ni Perrozet¹ ni ningún otro pueden tan cuidadosamente pulimentar y blanquear el anverso de sus cartas que algunos jugadores no las distinguan tan sólo al verlas escurrirse en las manos ajenas. La semejanza es siempre menos perfecta que la diferencia. Diríase que la naturaleza se impuso al crear el no repetir sus obras, haciéndolas siempre distintas.

Apenas me place, sin embargo, la opinión de aquel que pensaba por medio de la multiplicidad de las leyes sujetar la autoridad de los jueces cortándoles en trozos la tarea; no echan de ver los que tal suponen que hay tanta libertad y amplitud en la interpretación de aquéllas como en su hechura; y están muy lejos de la seriedad los que creen calmar y detener nuestros debates llevándonos á la expresa palabra de la Biblia; tanto más cuanto que nuestro espíritu no encuentra el campo menos espacioso al fiscalizar el sentido ajeno que al representar el suyo propio; y cual si no hubiera menos animosidad y rudeza al glósar que al inventar. Quien aquello sentaba vemos nosotros claramente cuánto se equivocaba, pues en Francia tenemos más leyes que en todo el resto del universo mundo, y más de las que se serían necesarias para gobernar todos los mundos que ideó Epicuro; *ut olim flagitiis, sic nunc legibus laboramus*². Y sin embargo, dejamos tanto que opinar y decidir al albedrío de nuestros jueces, que jamás se vió libertad tan poderosa ni tan licenciosa. ¿Qué salieron ganando nuestros legisladores con elegir cien mil cosas particulares y acomodar á ellas otras tantas leyes? Este número no guarda proporción ninguna con la infinita diversidad de las acciones humanas, y la multiplicación de nuestras invenciones no alcanzará nunca la variación de los ejemplos: añádase á éstos cien mil más distintos, y sin embargo no

1. Quizás algún fabricante de naipes del a época.

2. Como en el pasado por causa de las plagas, pensamos ahora por causa de las leyes. TÁCITO, *Annal.*, III, 25.

sucedará que en los acontecimientos venideros se encuentre ninguno (con todo ese gran número de millares de sucesos escogidos y registrados) con el cual se pueda juntar y aparejar tan exactamente que no quede alguna circunstancia y diversidad, la cual requiera distinta interpretación de juicio. Escasa es la relación que guardan nuestras acciones, las cuales se mantienen en mutación perpetua con las leyes, fijas y móviles: las más deseables son las más raras, sencillas y generales: y aún me atrevería á decir que sería preferible no tener ninguna que poseerlas en número tan abundante como las tenemos.

Naturaleza las procura siempre más dichosas que las que nosotros elaboramos, como acreditan la pintura de la edad dorada de los poetas y el estado en que vemos vivir á los pueblos que no disponen si no es de las naturales. Gentes son éstas que en punto á juicio emplean en sus causas al primer pasajero que viaja á lo largo de sus montañas, y que eligen, el día del mercado, uno de entre ellos que en el acto decide todas sus querellas. ¿Qué daño habría en que los más prudentes resolvieran así las nuestras conforme á las ocurrencias y á la simple vista, sin necesidad de ejemplos ni consecuencias? Cada pie quiere su zapato. El rey Fernando, al enviar colonos á las Indias, ordenó sagazmente que entre ellos no se encontrara ningún escolar de jurisprudencia, temiendo que los procesos infestaran el nuevo mundo, como cosa por su naturaleza generadora de altercados y divisiones, y juzgando con Platón: «que es para un país provisión detestable la de juriconsultos y médicos».

¿Por qué nuestro común lenguaje, tan fácil para cualquiera otro uso, se convierte en obscuro é ininteligible en contratos y testamentos? ¿Por qué quien tan claramente se expresa, sea cual fuere lo que diga ó escriba, no encuentra en términos jurídicos ninguna manera de exteriorizarse que no esté sujeta á duda y á contradicción? Es la causa que los maestros de este arte, aplicándose con particular atención á escoger palabras solemnes y á formar cláusulas artísticamente hilvanadas, pesaron tanto cada sílaba, desmenuzaron tan hondamente todas las junturas, que se enredaron y embrollaron en la infinidad de figuras y particiones, hasta el extremo de no poder dar con ninguna prescripción ni reglamento que sean de fácil inteligencia: *confusum est, quidquid usque in pulverem sectum est*¹. Quien vió á los muchachos intentando dividir en cierto número de porciones una masa de mercurio, habrá advertido que cuanto más la oprimen y amasan, ingeniándose en sujetarla á su voluntad, más irritan la libertad de ese generoso metal, que va huyendo ante sus dedos, menudeándose

1. Confuso es lo que se divide hasta reducirlo á polvo. SENECA, *Epist.* 89.

y desparramándose más allá de todo cálculo posible: lo propio ocurre con las cosas, pues subdiviéndolas sus sutilezas, enséñase á los hombres á que las dudas crezcan; se nos coloca en vías de extender y diversificar las dificultades, se las alarga y dispersa. Sembrando las cuestiones y recortándolas, hácese fructificar y cundir en el mundo la incertidumbre y las querellas, como la tierra se fertiliza cuanto más se desmenuza y profundamente se remueve: *Difficultatem facit doctrina*¹. Dudamos, con el testimonio de Ulpiano², y todavía más con Bartolo y Baldo³. Era preciso borrar la huella de esta diversidad innumerable de opiniones y no adornarse con ellas para quebrar la cabeza á la posteridad. No sé yo qué decir de todo esto, mas por experiencia se toca que tantas interpretaciones disipan la verdad y la despedazan. Aristóteles escribió para ser comprendido: si no pudo serlo, menos hará que penetren su doctrina otro hombre menos hábil, y un tercero menos que quien sus propias fantasías trata. Nosotros manipulamos la materia y la esparcimos desleyéndola; de un solo asunto hacemos mil, y recaemos, multiplicando y subdividiendo, en la infinidad de los átomos de Epicuro. Nunca hubo dos hombres que juzgaran de igual modo de la misma cosa; y es imposible ver dos opiniones exactamente iguales, no solamente en distintos hombres, sino en uno mismo á distintas horas. Ordinariamente encuentro qué dudar allí donde el comentario nada señaló; con facilidad mayor me caigo en terreno llano, como ciertos caballos que conozo, los cuales tropiezan más comunmente en camino unido.

¿Quién no dirá que las glosas aumentan las dudas y la ignorancia, puesto que no se ve ningún libro humano ni divino, con el que el mundo se ataree, cuya interpretación acabe con la dificultad? El centésimo comentario se remite al que le sigue, que luego es más espinoso y escabroso que el primero. Cuando convenimos que un libro tiene bastantes, ¿nada hay ya que decir sobre él? Esto de que voy hablando se ve más patente en el pleiteo: otórgase autoridad legal á innumerables doctores y decretos, así como á otras tantas interpretaciones; reconocemos, sin embargo, algún fin ó necesidad de interpretar? ¿Se echa de ver con ello algún progreso y adelantamiento hacia la tranquilidad? ¿Nos precisan menos abogados y jueces que cuando este promontorio jurídico permanecía todavía en su primera infancia? Muy por el contrario, obscurecemos y enterramos la inteligencia del mismo; ya no lo descubrimos sino á merced de tantos muros y barreras. Desconocen los hom-

1. La variedad de doctrinas engendra la doctrina y al par la confusión. QUINTIL. *Inst. orat.*, X, 3. Montaigne cita las mismas palabras de Quintiliano, pero les da sentido diferente.

2. Jurisconsulto romano.

3. Jurisconsultos italianos del siglo XIV.

bres la enfermedad natural de su espíritu, el cual sólo se ocupa en bromear y mendigar; va constantemente dando vueltas, edificando y atascándose en su tarea, como los gusanos de seda, para ahogarse; *mus in pice*¹: figurase advertir de lejos no sé qué apariencia de claridad y de verdad imaginarias, pero mientras á ellas corre, son tantas las dificultades que se atraviesan en su camino, tantos los obstáculos y nuevas requisiciones, que éstos acaban por extravíarle y trastornarle. No de otro modo aconteció á los perros de Esopo, los cuales descubriendo en el mar algo que flotaba semejante á un cuerpo muerto, y no pudiendo acercarse á él, decidieron beber el agua para secar el paraje, y se ahogaron. Con lo cual concuerda lo que Crates decía de los escritos de Heráclito, ó sea « que habrían menester un lector que fuera buen nadador », á fin de que la profundidad y el peso de su doctrina no lo tragaran y sofocaran. Sólo la debilidad individual es lo que hace que nos contentemos con lo que otros ó nosotros mismos encontramos en este perseguiamiento de la verdad; uno más diestro no se conformará, quedando siempre lugar para un tercero, igualmente que para nosotros mismos, y camino por donde quiera. Ningún fin hay en nuestros inquirimientos; el nuestro está en el otro mundo. El que un espíritu se satisfaga, es signo de cortedad ó de cansancio. Ninguno que sea generoso se detiene en cuanto emplea su propio esfuerzo; pretende siempre ir más allá, transponiendo sus fuerzas; posee velos que exceden, que sobrepujan los efectos: cuando no adelanta, ni se atormenta ni da en tierra, ó no choca ni da vueltas, no es vivo sino á medias; sus perseguiamientos carecen de término y de forma; su alimento se llama admiración, erradumbre, ambigüedad. Lo cual acreditaba de sobra Apolo hablándonos siempre con doble sentido, obscura y oblicuamente; no saciándonos, sino distrayéndonos y atareándonos. Es nuestro espíritu un movimiento irregular, perpetuo, sin modelo ni mira: sus invenciones se exaltan, se siguen y se engendran las unas á las otras:

Ainsi veoid on, en un ruisseau coulant,
Sans fin l'une eau aprez l'autre roulant;
Et tout le reng, d'un eternal conduit,
L'une suyt l'autre, et l'une l'autre fuyt.
Par cette cy celle là est poulsée,
Et cette cy par l'autre est devancee.
Tousjours l'eau va dans l'eau; et tousjours est ce
Mesme ruisseau, et tousjours eau diverse².

1. Proverbio griego y latino. *El ratón en la pez*, que se embadurna más cuanto mayores esfuerzos hace por desatascarse.

2. Así las aguas de un arroyo se deslizan sin fin, rodando unas tras otras, unidas y por modo constante; un agua sigue á la otra y ambas huyen entre sí. Esta por aquélla es empujada, y aquélla por la otra adelantada: el agua va siempre al agua, y siempre es el mismo arroyo, y siempre agua diferente. — Estos versos de La Boétie figuran en una composición dedicada á Margarita de Carle, con quien luego contrajo aquél matrimonio. G.

Da más que hacer interpretar las interpretaciones que dilucidar las cosas; y más libros se compusieron sobre los libros que sobre ningún otro asunto: no hacemos más que entreglosarnos unos á otros. El mundo hormiguea en comentadores; de autores hay gran carestía. El primordial y más famoso saber de nuestros siglos, ¿no consiste en acertar á entender á los sabios? ¿no es éste el fin común y último de todo estudio? Nuestras opiniones se injertan unas sobre otras; la primera sirve de sostén á la segunda, la segunda á la tercera; así, de grado en grado, vamos escalonándolas, por donde acontece que el que ascendió más alto frecuentemente atesora mayor honor que mérito, pues no ascendió sino en el espesor de un grano de mijo sobre los hombros del penúltimo.

¡Cuán frecuente, y torpemente quizás, amplifiqué yo mi libro hablando de él mismo! Torpemente, aun cuando no fuera más que por la sencilla razón que debiera moverme á acordarme de lo que digo de aquellos que hacen otro tanto, ó sea: « que esas ojeadas tan frecuentes á su obra son testimonio de un corazón estremecido de puro amor; y hasta las asperezas del menosprecio con que la combaten, no son sino melindres y afectaciones enconados de un sentimiento maternal », según Aristóteles, para quien avalorarse y menospreciarse, nacen á veces de arrogancia semejante. La excusa que yo presento de « que debo disfrutar en aquello mismo libertad mayor que los demás, puesto que expreso acciones, y que mis escritos se revelen contra mí mismo », ignoro si alguien la tomará en consideración para disculparme.

En Alemania he visto que Lutero ha dejado tantas divisiones y altercaciones sobre la interpretación de sus ideas, y más todavía de las que promovió sobre la Santa Escritura. Nuestro cuestionar es puramente verbal: yo pregunto, por ejemplo, lo que es Naturaleza, Voluptuosidad, Circulo y Sustitución; la cosa no depende sino de palabras, y con ellas se paga. Una piedra es un cuerpo: mas quien apurase siguiendo, « y cuerpo ¿qué es? — Sustancia. — ¿Y sustancia? » y así sucesivamente, acorralaría por fin al que respondiera en los confines de su calepino. Una palabra se cambia por otra, á veces más desconocida que la primera; conozco mejor lo que es Hombre, que no lo que es Animal, Mortal ó Racional. Para aclarar una duda se me propinan tres; es la cabeza de la hidra. Sócrates preguntaba á Memnón: « ¿Qué era virtud? — Hay, decía Memnón, virtud de hombre y de mujer; de funcionario y de hombre privado, de niño y de anciano. — ¡Buena es ésa! exclamó Sócrates, buscábamos una virtud y nos presentas un enjambre. » Comunicamos una cuestión, y se nos facilita una colmena. De la propia suerte que ningún acontecimiento ni ninguna

forma se asemejan exactamente á otras, así ocurre que ninguna cosa difiere de otra por completo: ¡ingeniosa mezcolanza de la naturaleza! Si nuestras caras no fueran semejantes, no podría discernirse el hombre de la bestia; si no fueran desemejantes, tampoco se acertaría á distinguir el hombre del hombre; todas las cosas se ligan mediante alguna similitud; todo ejemplo cojea, y la relación que por la experiencia se alcanza, es siempre floja é imperfecta. Juntanse de todos modos las comparaciones por algún cabo, y así también las leyes se adaptan á nuestros negocios á expensas de alguna interpretación apartada, obligada y oblicua.

Puesto que las leyes morales, cuya mira es el deber particular de cada uno en sí, son tan difíciles de establecer como por experiencia tocamos, no es maravilla que las que gobiernan el conjunto lo sean más aún. Considerad la indole de esta justicia que nos rige, la cual es un verdadero testimonio de la humana debilidad: tan grande es la contradicción y el error que alberga. Lo que nosotros creemos favor ó rigor en la justicia, y reconocemos tanto que no sé si con el término medio se tropieza con igual frecuencia, no son sino partes enfermizas y miembros injustos del cuerpo mismo y esencia de ella. Unos campesinos acaban de advertirme apresuradamente que han dejado en un bosque de mi pertenencia á un hombre acribillado de heridas, que todavía respira, y que por piedad les ha pedido agua, y socorro para que le levantaran: ellos dicen que ni siquiera osaron acercarse á él, y han huido, temiendo que las gentes de justicia los atraparan, y que como ocurre cuando se encuentra á alguien junto á un muerto, los obligaran á dar cuenta del sucedido para la cabal ruina de todos, puesto que carecen de capacidad y dinero con que defender su inocencia. ¿Qué los hubiera yo repuesto? Es ciertísimo que ese deber de humanidad los hubiera colocado en un aprieto.

¿Cuántos inocentes no hemos descubierto que fueron castigados hasta sin culpa de los jueces, y cuántos más que no descubrimos? El hecho siguiente ocurrió en mi tiempo. Algunos fueron condenados á muerte por homicidio; la sentencia si no dictada fué al menos en principio acordada. Así las cosas, ocurre que los jueces son advertidos por los magistrados de un tribunal subalterno vecino, de que guardan algunos prisioneros, quienes confiesan resueltamente el homicidio, llevando al proceso una claridad indudable. Delibérase si, á pesar de ello, se debe interrumpir y diferir la ejecución de la sentencia emitida contra los primeros; considérase la novedad del ejemplo, y su consecuencia, para suspender los juicios; que la condena fué jurídicamente sentada, y los jueces de arrepentimiento exentos. En suma, aquellos pobres diablos, se sacrifican á

las fórmulas de la justicia. Filipo (ó algún otro) proveyó á un inconveniente parecido de la manera siguiente: había condenado á un hombre á pagar á otro recias multas, por virtud de un juicio bien determinado, y como la verdad se hallara algún tiempo después, vióse que el juicio había sido injusto. De un lado estaba la razón de la causa, del otro la razón de las formas judiciales: el rey satisfizo en cierto modo á ambos, dejando la sentencia en su primitivo estado y recompensado con su bolsillo los perjuicios del lesionado. Pero este accidente era reparable; los individuos de que hablo fueron irreparablemente ahorcados. ¡Cuántas condenas he visto más criminales que el crimen mismo!

Esto trae á mi memoria aquellas opiniones antiguas: «Que es fuerza ejecutar males particulares á quien quiere obrar bien en conjunto; é injusticias en las cosas pequeñas á quien pretende hacer justicia en las grandes; que la justicia humana se formó ó modeló con la medicina, según la cual, todo cuanto es útil, es al par justo y honrado: y me recuerda también lo que dicen los estoicos, ó sea que la naturaleza misma procede contra la justicia en la mayor parte de sus obras; y lo que sientan los cirenaicos: que nada hay justo por sí mismo, y que las costumbres y las leyes son las que forman la justicia; y lo que afirman los teodorianos, quienes para el filósofo encuentran justo el latrocinio, el sacrilegio y toda suerte de lujuria, siempre y cuando que le sean provechosos.» La cosa es irremediable: yo me planto en el dicho de Alcibiades, y jamás me presentaré, en cuanto de mí dependa, ante ningún hombre que decida de mi cabeza, donde mi honor y mi vida penden del cuidado é industria de mi procurador, más que de mi inocencia. Arriesgariame á semejante justicia quien considerara el bien obrar y también el malo; donde me cupiera tanta esperanza como temor: la indemnización no es recompensa suficiente para un hombre cuya conducta supera al no incurrir en falta. No nos muestra nuestra justicia más que una de sus manos, y ésta ni siquiera es la derecha: quien con ella se las ha, pierde seguramente.

En China, donde las leyes y las artes, sin mantener comercio ni tener conocimiento de las nuestras, sobrepujan nuestros ejemplos en muchas partes de excelencia, y cuya historia me enseña cuánto más amplio es el mundo y más diverso de lo que los antiguos y nosotros penetramos, los oficiales comisionados por el príncipe para estudiar la situación de sus provincias, de la propia suerte que castigan á los malversadores del erario, también remuneran con liberalidad cabal á los que se condujeron por cima de lo ordinario y excedieron el deber que su cargo los imponía: ante aquéllos se comparece no sólo para responder de la misión encomendada, sino para adquirir con ella, ni sim-

plemente para ser remunerado, sino para ser gratificado.

A Dios gracias, ningún juez hasta ahora me habló como tal, ni por negocio mio ni por el de un tercero, ni criminal ni civilmente: ninguna prisión me recibió, ni siquiera para por ella pasearme; la fantasía misma muéstrame ingrata la vista de tales recintos. Tan loco estoy de libertad, que si alguien me prohibiera el acceso de algún rincón de las Indias, viviría en algún modo contrariado; y mientras encontrara tierra ó aire libres por otras partes, no me estancaría en lugar donde me fuera necesario ocultarme. Bien sabe Dios que yo soportaría mal la condición en que veo á tantas gentes, clavadas en un barrio de estos reinos, privadas de la entrada en las principales ciudades y cortes y de la frecuentación de los caminos públicos, por haber infringido las leyes. Si aquellas á quienes sirvo me amenazaran, siquiera fuera en lo que monta un grano de anís, partiría incontinenti en busca de otras, donde quiera que fuese. Toda mi insignificante prudencia en estas guerras civiles en que vivimos, encaminada va á que no interrumpán mi libertad de ir y venir.

Ahora bien, éstas se mantienen en crédito, no porque sean justas, sino porque son leyes, tal es la piedra de toque de su autoridad; de ninguna otra disponen que bien las sirva. A veces fueron tontos quienes las hicieron, y con mayor frecuencia gentes que en odio de la igualdad, despliegan falta de equidad; pero siempre fueron hombres, vanos autores é irresueltos. Nada hay tan grave, ni tan ampliamente sujeto á error como en leyes; en ellos caen siempre de continuo. Quien las obedece porque son justas, no lo hace precisamente por donde seguirlas debe. Las nuestras, francesas, nos dan la mano en algún modo, merced á su desbarajuste y deformidad para el desorden y corrupción que vemos en su promulgación y ejecución: la autoridad es tan turbia é inconstante que excusa algún tanto la desobediencia, y el vicio de interpretación en la administración y en la observancia. Cualquiera que sea, pues, el fruto que de la experiencia podamos alcanzar, apenas servirá gran cosa á nuestro régimen el que sacamos de los ejemplos extraños, si tan mal utilizamos el que de nosotros mismos tenemos, el cual nos es más familiar, y en verdad capaz de instruirnos en lo que nos precisa. Yo me estudio más que ningún otro asunto: soy mi física y mi metafísica.

Qua Deus hauc mundi temperet arte domum:
Qua venit exoriens, qua deficit, unde coactis
Cornibus in plenum menstrua luna redit;
Unde salo superant venti, quid flamine captet
Eurus, et in nubes unde perennis aqua;
Sit ventura dies, mundi quæ subruat arces,
Quærite, quos agitat mundi labor¹.

1. Por qué arte sostiene Dios esta morada; por dónde viene la luna al salir, y en qué consiste su falta, puesto que reunidos después ambos cuerpos adque-

En esta universalidad me dejo ignorante y negligentemente llevar por la ley general del mundo: de sobra la sabré cuando la sienta; mi ciencia no puede hacerla mudar de sendero: no se diversificará por mí; considero que es locura esperarla y más grande aún apenarse por ella, pues to que en todo es necesariamente semejante, pública y común. La bondad y capacidad del gobernador nos debe pura y plenamente descargar del cuidado del gobierno: las inquisiciones y contemplaciones filosóficas sólo sirven de alimento á nuestra curiosidad. Con harta razón los filósofos nos remiten á los preceptos de la naturaleza, pero éstos nada tienen que hacer con un conocimiento tan sublime: ellos lo falsifican, presentándonos disfrazado el semblante de aquéllos, subido de color y sofisticado en demasia, de donde nacen tantos retratos diversos de un asunto tan uniforme. Como nos proveyó de pies para andar, también nos suministró prudencia para manejarnos en la vida, no tan ingeniosa, robusta, ni pomposa como la que para nuestro uso inventaron, sino fácil, queda y saludable; ésta cumple á maravilla lo que la otra ordena en quien sabe emplearla de una manera ingenua y ordenada, es decir, de una manera natural. El más sencillo encomendarse á la naturaleza, es el más prudente entregarse. ¡Oh, cuán dulce almohada, blanda y sana es la ignorancia é incuriosidad, para el reposo de una cabeza bien conformada!

Mejor preferiría entenderme bien conmigo mismo que no con Cicerón. Con la experiencia que tengo de mi propio tengo bastante con que hacerme prudente si fuera buen escolar: quien ingiere en su memoria el exceso de su cólera pasada y hasta dónde esta fiebre le llevó, ve toda la fealdad de esta pasión mejor que en Aristóteles, y de ella concibe un odio más justo; quien recuerda los males que le atormentaron, los que le amenazaron, las ligeras sacudidas que le cambiaron de un estado en otro, con ello se prepara á las mutaciones futuras y al reconocimiento de su condición. La vida de César no es de mejor ejemplo que la nuestra para nosotros mismos; emperadora ó popular, siempre es una vida acechada por todos los accidentes humanos. Escuchémosnos vivir, esto es todo cuanto tenemos que hacer; nosotros nos decimos todo lo que principalmente necesitamos; quien recuerda haberse engañado tantas y tantas veces merced á su propio juicio, ¿no es un tonto de remate al no desconfiar de él para siempre? Cuando por ajenas razones me convenzo de la evidencia de una

ren su plenitud cada período mensual; de dónde vienen los vientos dominantes en el mar; qué influencia ejerce el soplo del Euro y de dónde procede el agua perenne que hay en las nubes; ha de llegar un día en que los fundamentos del orden han de ser destruidos... Investigad, vosotros á quienes preocupa la obra del universo. — Los seis primeros versos son de PROPERCIO, III, 5, 26; el segundo pasaje es de LUCANO, I, 417 — C.

falsa opinión, no tanto veo lo que de nuevo se me ha dicho (faca adquisición sería), como en general pienso en mi debilidad y en la traición de mi entendimiento, de lo cual saco enseñanza para mi corrección en conjunto. Con todos mis demás errores hago lo propio, y experimento con esta regla utilidad grande para la vida: no considero la especie ni el individuo como una piedra donde haya tropezado, sino que aprendo á desconfiar en todo de mis medios, deteniéndome á mejorarlos. Los yerros en que mi memoria me hizo caer con frecuencia tanta, hasta cuando estuvo más segura de sí misma, no fueron cabalmente perdidos: inútil es ahora que me jure y perjure afianzarse para en adelante: hago con la cabeza la señal de quien desconfía; el primer reparo que se presenta á su testimonio me deja suspenso, y no osaría fiarme de ella en cosa de alguna monta ni fundamentarla en autoridad ajena. Y si no considerara que en el defecto en que yo incurro por falta de memoria los otros caen con frecuencia mayor por falta de fe, cogería siempre la verdad de la boca del prójimo, mejor que de la mía, tratándose de hechos. Si cada cual expiara de cerca los efectos y circunstancias de las pasiones que le regentan como yo hice con aquellas en que cai, verialas venir, procurando hacer un poco más lenta la impetuosidad y la carrera de las mismas: no saltan de una vez á nuestra garganta; muéstranse á veces con gradaciones y amenazas:

Fluctus uti primo cœpit quum albescere vento,
Pauatim sese tollit mare, et altius undas
Erigit, inde imo consurgit ad æthera fundo 4.

El juicio ocupa en mí un lugar primordial, ó al menos cuidadosamente se esfuerza para ello; deja á mis apetitos amplio campo, así al odio como á la amistad, hasta la que á mí mismo me profeso, sin alterarlo ni corromperlo: si no puede reformar las demás partes según él, por lo menos no se deja deformar por ellas; cumple su misión aislado.

El advertimiento común «De conocerse», debe de ser de un importante efecto, puesto que aquel Dios de ciencia y de luz² lo hizo plantar al frente de su templo como comprensivo de cuanto tenía que aconsejarnos: Platón dice también que prudencia no es otra cosa que la ejecución de esta enseñanza; y Sócrates lo verifica por lo menudo en Jenofonte. Las dificultades y obscuridades no se descubren

1. Así cuando las olas empiezan á ponerse blanquecinas con las primeras ráfagas de viento, y después poco á poco á agitarse en el mar y á remontar más altas sus ondas, hasta que al fin parece como si tocaran el firmamento. VIRGILIO, *Eneida*, VII, 528.

2. Apolo. En el frontispicio de su templo en Delfos se leía la máxima famosa *Nosce te ipsum*. — J. V. L.

en las ciencias sino por aquellos que las penetraron, pues precisa todavía algún grado de inteligencia para echar de ver la ignorancia; para saber si una puerta está cerrada, menester es empujarla; de donde nace esta platónica sutileza: «Ni los que saben necesitan inquirir, puesto que saben; ni tampoco los que no saben, puesto que para informarse precisa saber en lo que se trata de inquirir». Así en punto á «Conocerse á sí mismo», lo de que todos se muestren tan resueltos y satisfechos, y lo de que cada cual crea hallarse suficientemente competente, significa que nadie entienda jota, conforme Sócrates enseña á Eutidemo. Yo que de otra cosa no hago profesión, en ello encuentro una profundidad y variedad tan infinitas que en mi aprendizaje no reconozco otro fruto que el de hacerme sentir cuánto me queda por aprender. Á mi debilidad, tantas veces reconocida, debo mi inclinación á la modestia, la sujeción á las creencias que me fueron prescritas, la constante frialdad y moderación de opiniones, y el odio de esa arrogancia importuna y querrellosa que en sí se cree y todo lo fia, y en sí todo lo confía, capital enemiga de disciplina y de verdad. Oíd cómo ejercen de maestros; para las primeras torpezas que anticipan emplean el estilo de un profeta ó el de un legislador. *Nihil est turpius, quam cognitioni et perceptioni assertionem approbationemque præcurrere*¹. Aristarco decía que antiguamente apenas si se encontraron siete sabios en el mundo, y que en su tiempo apenas se encontraban siete ignorantes; ¿no tendríamos nosotros mayor motivo de sentar lo mismo de nuestro tiempo? La afirmación y la testarudez son signos expresos de torpeza. Quien ha caído de bruces en el suelo cien veces en un día, vedle al instante sobre sus espolones sustentado, tan resuelto y cabal como antes: diríase que al punto le infundieron algún alma y vigor de entendimiento nuevos y que le acontece lo propio que á aquel antiguo hijo de la tierra², que alcanzaba nueva firmeza y se reforzaba con su caída;

Cui quum tetigere parentem,
Jam defecta vigent renovato robore membra 3:

ese indócil porfiado, ¿cree recuperar un nuevo espíritu emprendiendo una nueva disputa? Por experiencia propia acuso la humana ignorancia, que es á mí entender el más seguro partido de la mundanal escuela. Los que en sí mismos no quieren reconocerla, valiéndose de ejemplo tan vano como el mío, ó como el suyo propio, que la descubran

1. Nada hay más censurable que lanzar el aserto y la aprobación antes del conocimiento y la percepción. CICERÓN, *Acad.*, I, 13.

2. El gigante Anteo en su combate contra Hércules.

3. Cuyos miembros, perdida ya la fuerza, cobran nueva energía al ponerse en contacto con su madre la tierra. LUCANO, IV, 399.

por Sócrates, el maestro de los maestros; pues Antístenes el filósofo decía á sus discípulos: «Vamos todos á oírle; ante él, seré yo discípulo con vosotros»; y sentando el dogma de su secta estoica, según el cual, «la virtud basta á hacer la vida plenamente dichosa sin necesidad de ningún otro aditamento», añadía: «si no es de la fuerza de Sócrates».

Esta dilatada atención que yo pongo en considerarme me enseña también á juzgar medianamente de los demás; y pocas cosas hay de que hable de una manera más dichosa y admisible. Acontécame con frecuencia ver y distinguir más exactamente la condición de mis amigos de lo que ellos la reconocen; á alguno dejé admirado por la pertinencia de mi descripción, y de sí mismo le advertí. Por haberme acostumbrado desde mi infancia á mirar mi vida en la de los otros adquirí una compleción estudiosa en este punto, y cuando en ello me empleo, pocas cosas se me escapan en mi derredor que dejen de ilustrarme: continente, humores, razonamientos. Todo lo estudio, lo que me precisa huir como lo que he menester seguir. Así en mis amigos descubro por el modo cómo se producen sus inclinaciones internas; y no para ordenar tan infinita variedad de acciones, tan diversas y tan recortadas, en ciertos géneros y capítulos, y distribuir distintamente mis pareceres y divisiones en clases y regiones conocidas;

Sed neque quam multæ species, et nomina quæ sint,
Est numerus ¹.

Los doctos hablan, y denotan sus fantasías más específicamente y á la menuda: yo que no veo en ellas sino lo que el uso me informa, sin regla alguna, presento las mías generalmente á tientas, como aquí formulo mi sentencia mediante artículos descosidos, como cosa que no se puede decir en conjunto ni en montón: la relación y conformidad no se encuentran en almas como las nuestras, bajas y comunes. Es la prudencia un edificio sólido y entero en el cual cada pieza ocupa su rango y lleva su marca correspondiente: *sola sapientia in se sola conversa est* ². Yo dejo á los artifices (y no estoy muy seguro de si logran su empeño en cosa tan complicada, menuda y fortuita) el ordenar en categorías esta variedad innumerable de aspectos, detener nuestra inconstancia y disponerla en orden. No solamente considero difícil el ligar nuestras acciones las unas á las otras, también aisladas juzgo poco hacedero el designarlas propiamente, por alguna cualidad principal:

1. Pues son innumerables las especies, y los nombres de cada una. VIRGILIO, *Georg.*, II, 103.

2. Sólo la sabiduría se contiene toda dentro de sí misma. CICERÓN, *de Finib. bon. et mal.*, III, 7.

tan dobles son todas ellas y abigarradas, según el cristal con que se miran. Lo que por raro se advierte en Perseo, rey de Macedonia, ó sea: «que su espíritu á ninguna condición se sujetaba, sino que iba errando por todos los géneros de vida y representando costumbres tan libres en su vuelo y tan vagabundas que ni él mismo ni los demás conocían qué clase de hombre fuera», me parece aproximadamente convenir á todo el mundo, y por cima de todos he visto algún otro de su medida á quien esta conclusión podría aplicarse todavía más propiamente, á mi ver ¹. Ninguna posición media; yendo á dar del uno al otro extremo por causas inadivinales; ninguna clase de rumbo, sin experimentar contrariedad portentosa; ninguna facultad completamente buena ni enteramente mala, de tal suerte que lo más verosimilmente que algún día pueda representarsele será diciendo que gustaba y estudiaba el darse á conocer por ser desconocido. Hay que tener oídos bien resistentes para escuchar el juicio franco de sí mismo; y porque son pocos los que pueden sufrirlo sin mordedura, los que se determinan á emprenderlo de nosotros nos muestran una amistad singular, pues es querer raramente el tomar á su cargo el ofender y el herir para buscar provecho. Duro es á mi entender el juzgar á aquel cuyas malas condiciones sobrepujan á las buenas: Platón recomienda tres cualidades á quien pretende examinar el alma ajena: ciencia, benevolencia y resolución.

Alguna vez se me ha preguntado para qué me hubiese reconocido yo apto en el caso de que á alguien se le hubiera ocurrido servirse de mí cuando de ello estaba en edad;

Dum melior vires sanguis dabat, æmula necdum
Temporibus geminis caneat sparsa senectus ²:

«Á nada», contestaba yo: y me excuso de buen grado de no saber hacer cosa que á otro me esclavice. Pero habría dicho las verdades á mi maestro, y hubiera fiscalizado sus costumbres si él lo hubiese deseado: no en conjunto, por medio de lecciones escolásticas, que ignoro por completo (y ninguna enmienda veo nacer en los que las conocen), sino observándolas paso á paso, con toda oportunidad, y juzgando á la vista, parte por parte, de manera sencilla y natural; haciéndole ver quién es conforme á la opinión común, oponiéndome á sus cortesanos. Ninguno hay de entre nosotros que no valiera menos que los reyes si fuera así, continuamente corrompido, como ellos lo son, por esa canalla de gentes: ¿y cómo si hasta Alejandro, aquel gran monarca y filósofo, no pudo de ellos libertarse? Yo hubie-

1. Montaigne habla de sí mismo en este pasaje.

2. Cuando me daba fuerzas una sangre mejor, cuando la vejez envidiosa no me había cubierto con su manto blanco. VIRGILIO, *Eneida*, V, 415.